

cripción del personaje de Henri Monnier); finalmente, el capítulo del teatro de S. Carlos, casi al final del libro. Cuando todo el interés se concentra en casa de Luisa, donde Sebastián trata de recuperar las cartas substraídas por la criada, nos describe el autor una noche entera de espectáculos, la platea, los camarines, la escena, una alteración de espectadores.

Que los tres cuadros están acabados con mucho arte, especialmente el primero, es algo que la crítica imparcial debe reconocer, pero ¿por qué acrecentar tales accesorios hasta el punto de sofocar lo principal?

Tal vez estos reparos sean menos atendibles, ya que nuestro punto de vista es diferente. El señor Eça de Queirós no quiere ser un realista mitigado, sino intenso y completo; y de ahí viene que el tono cargado de tinta, que nos asusta, para él es simplemente el tono propio. Incluso, además, si la doctrina de Eça de Queirós fuera verdadera, aun así no debería acumular tantos colores, ni acentuar tanto las líneas, y quien lo dice es el propio jefe de escuela, de quien leí, hace poco, y no sin pasmo, que el peligro del movimiento realista es que haya quien suponga que el trazo grueso es el trazo exacto. Digo esto en interés del talento de Eça de Queirós, no en el de la doctrina que le es adversa; porque a ésta lo que más importa es que Eça de Queirós escriba libros como *El primo Basilio*. Si así sucediera, el realismo en nuestra lengua será estrangulado en la cuna; y el arte puro, apropiándose de lo que él contuviera de aprovechable (porque lo hay cuando no se despeña en lo excesivo, lo tedioso, lo obscuro y hasta en lo ridículo), el aire puro, digo yo, volverá a beber en aquellas aguas sanas de *El monje de Císter*, de *El arco de santa Ana* y de *Guarini*.

La actual literatura portuguesa es lo suficientemente rica de fuerza y talento para poder afirmar que este resultado será seguro, y que la herencia de Garret se transmitirá intacta a las manos de la generación venidera.

*Traducción: Juan Malpartida*

